

Obsolescencia programada



Diseñados para no durar demasiado

pronto, apenas ha expirado la garantía de dos años, de modo que solo nos quedan dos opciones: pagar una reparación, si es posible y asequible, o bien deshacerse del artículo inservible y comprarse otro. El fenómeno puede deberse a defectos inocentes, que no entraban en los planes del fabricante. Pero muchas evidencias apuntan a que se trata de una estrategia de la industria para obligarnos a comprar cíclicamente sus productos (y a intervalos cada vez menores), para asegurar su negocio a costa de nuestro esfuerzo. Es lo que se ha bautizado como “obsolescencia programada”.

O manipulan el producto o le manipulan a usted

Para que un producto quede inservible puede usarse un método drástico que consiste en hacer que se rompa mucho antes de lo que podría; vea varios ejemplos en el recuadro *Que parezca un accidente*. Pero hay otros métodos más sutiles: por ejemplo, interrumpir la fabricación de piezas de recambio o hacer imposible su sustitución. La firma Apple, que ha sabido rodearse de



Hay productos que dan mal resultado sin que el fabricante se lo haya propuesto, simplemente porque no los diseñó bien o

usó materiales baratos a los que no se podía pedir gran cosa. Dentro de ciertos límites, el consumidor puede aceptarlo. Nadie reclama porque un globo de feria se le rompió al niño la misma tarde en que se lo compraron. Sin embargo, en los últimos años asistimos a un fenómeno muy preocupante: productos que nos han supuesto un desembolso importante y de los que esperábamos muchos años de servicio, como una lavadora o un sofisticado teléfono móvil, empiezan a fallar muy

¿Somos tan listos como para fabricar robots que llegan a Marte, pero incapaces de diseñar una lavadora que dure 15 años? No hay quien se lo crea.

Que parezca un accidente

Un artículo bien diseñado podría acompañarnos largos años; algunos incluso podrían durarnos toda la vida. He aquí algunas medidas que provocan su muerte prematura.



IMPRESORAS CON IDEAS PROPIAS

Algunas impresoras llevan un software que hace saltar un código de error al cabo de determinado número de copias. Además, los avisos de falta de tinta aparecen muy pronto, para que los más precavidos cambien los cartuchos antes de agotarlos. Por último, algunas impresoras rechazan imprimir o se declaran agotadas rápidamente si no reconocen el cartucho de la marca.



CREMALLERAS DE CHICHINABO

Muchas prendas en perfecto estado se desechan cuando falla esta pieza. Y lo cierto es que abundan las cremalleras de pobre calidad, con espirales de plástico o dientes de metal que se rompen o se desgastan. Cambiarlas es difícil, caro o ambas cosas.



BATERÍA A BUEN RECAUDO

La batería recargable del cepillo eléctrico pierde capacidad muy deprisa. Pero está integrada de modo que no puede sustituirse por otra. Cuando la autonomía es muy pequeña, el cepillo resulta incómodo y se tira aunque funcione como el primer día.



IPHONE FORTIFICADO

Algunas reparaciones serían muy sencillas si no fuera por la imposibilidad de abrir la carcasa, remachada con tornillos pentalobulares para los que no sirven los destornilladores comunes. Además, cada nuevo modelo de iPhone varía ligeramente el dibujo del tornillo.



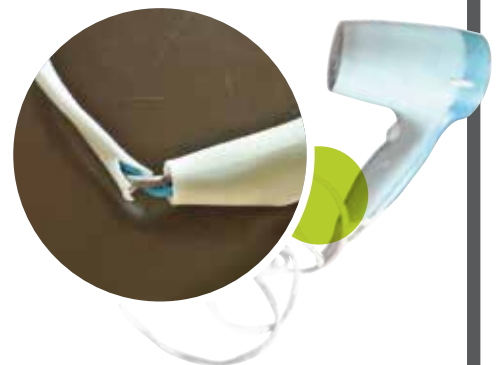
ENGRANAJES DE PLÁSTICO

Una batidora es un mecanismo muy sencillo, que usado con normalidad podría acompañarle toda la vida. Si las piezas que sufren más roce se hacen de un plástico de pobre calidad, es menos probable que nos dure.



LAVADORAS EN CAÍDA LIBRE

Antes, las lavadoras tenían el tambor de metal; ahora, el 80% es de plástico. Antes la resistencia que calentaba el agua era eterna; ahora depende de un fusible que se rompe a la de uno. Incluso hay rodamientos engrasados con una sustancia que acaba filtrándose al tambor y manchando la colada.



ROTURA SEGURA

El secador funciona perfectamente pero la parte donde se inserta el cable de alimentación no está reforzada, pese a que es obvio que sufre más tensiones: Resultado: los cables quedan pronto al descubierto y la reparación cuesta más que un nuevo aparato.

una imagen de pureza empresarial y buen rollo, empezó a sacar al mercado un iPod cuya batería no podía sustituirse una vez agotada su capacidad de carga, a diferencia de lo que ocurría en versiones anteriores. Para colmo, la vida de las baterías en cuestión era sospechosamente corta, lo que le valió a la compañía diversos encontronazos judiciales con los consumidores (este no es el único pecado de Apple: sus productos están diseñados para ser inexpugnables salvo con herramientas de la marca, lo que aboca al consumidor a sus servicios de reparación, a menudo tan caros que conducen a una nueva compra). Otra opción, muy común en los productos tecnológicos, es conseguir que se queden obsoletos porque no pueden soportar



Si la garantía es corta, el fabricante no tiene miedo de descuidar la calidad

nuevos programas o aplicaciones que van saliendo al mercado. Esta imposibilidad que nos presentan como una especie de peaje inherente al progreso, muchas veces no es más que un descuido deliberado de todo lo que atañe a los problemas de compatibilidad, aunque sean fáciles de resolver técnicamente. De todos modos, un producto puede mantenerse en perfecto uso y aún así, ser desechado por influencia de la industria.

El farol del ahorro energético

A veces, la industria apela al buen corazón del consumidor para convencerle de que debe tirar artículos y comprarlos de nuevo, con mensajes de este tipo: “está usted usando aparatos anticuados que hacen un consumo exagerado de energía, lo que nos perjudica a todos”. No se deje impresionar.

Si usted tiene que comprar un aparato nuevo, es muy aconsejable que sea energéticamente eficiente. Pero si tiene un aparato que funciona todavía, la cosa cambia. Producir otro que lo reemplace y reciclar el antiguo exige una inversión de recursos, energía y emisiones que rara vez se compensa solo con la reducción del consumo energético, siendo esta verdad especialmente cierta para los aparatos pequeños que consumen muy poco o para los aparatos que reemplazan a otros ya

bastante eficientes (un A++ no mejora mucho un A). Por último, la publicidad machaca a los más impresionables para que adquieran el último grito y perciban todo lo anterior como anticuado. Desde cualquier punto de vista la obsolescencia programada es una pésima idea: resulta ruinoso para la economía

personal, poco recomendable para la economía general (vea la entrevista) y un suicidio para el medio ambiente. Además, técnicamente tampoco se sostiene: la sofisticación de la ingeniería moderna, los avances en la ciencia de los materiales, el progreso tecnológico... ahora más que nunca, es posible fabricar productos duraderos a precios razonables.

ENTREVISTA AL EXPERTO



Stefan Schridde desmonta el interés económico de la obsolescencia programada

“Las empresas intentan que la obsolescencia programada parezca un mito”

Este economista alemán abandera un movimiento ciudadano contra los productos efímeros, llamado algo así como “¿Churros? No, gracias” (Murks? Nein, danke).

¿Beneficia esta práctica a las empresas?

No. Se parte de la base de que si un producto es duradero, los clientes no comprarán cosas nuevas. Pero yo estimo que si los productos durasen tanto como hace 30 años, Alemania dispondría de 100.000 millones de euros anuales para gastarse en otras cosas. Es falso que la economía se pare. Por otro lado, esta táctica genera toneladas de residuos y supone un despilfarro de energía.

¿Qué cree que harán las marcas en el futuro?

Tendrán que abandonar las tácticas de obsolescencia programada. La reputación de una marca se pierde si sus productos no duran. Para ser competitivas en un mercado global, necesitan clientes fieles y hacer un uso eficiente de los recursos. En la sociedad que se va dibujando, se necesitan compañías con valores éticos y sentido de la responsabilidad.

¿Puede hacer algo el consumidor?

Gastar más no funciona, ya que los productos más caros no siempre son más duraderos. Hay que intentar informarse bien antes de comprar.

Es una forma de fraude



– Deben promulgarse normas para que los productos sean duraderos (igual que se hace para que sean seguros) y perseguir el mal diseño deliberado. En Francia, ya se tramita un proyecto de ley que trata la obsolescencia programada como un modo de fraude.

– La garantía legal de dos años es muy corta para productos que suponen una fuerte inversión, como un frigorífico o un coche. En estos casos el periodo de garantía debe alargarse, lo que empujará al fabricante a cuidar más su producto.

– Al igual que las bombillas indican su vida media estimada en horas, los electrodomésticos y los aparatos electrónicos deberían venderse con una cifra de referencia calculada por un método estándar: tantos lavados, tantas copias, tantos kilómetros, etc.

– Debe proporcionarse al consumidor información relativa a las posibilidades de repararlo, al tiempo durante el que habrá piezas de repuesto, el impacto ambiental que ha tenido su fabricación y a las posibilidades de reciclarlo.